

AMÉRICA LATINA

Ignacio Sosa*

El próximo 11 de septiembre se conmemorarán 30 años del trágico desenlace de la vía chilena, pacífica, al socialismo. Esa fecha simbólica representa para muchos el momento final de un ciclo de la historia latinoamericana, en la que Cuba, Bolivia, Perú y Chile buscaron afanosamente romper con la estructura del atraso y la pobreza. La aspiración de alcanzar en una generación las metas del desarrollo económico y la justicia social fue el impulso común que motivó a los movimientos políticos, definidos en aquellos momentos como revolucionarios. Hoy se advierte como necesario revisar cómo fueron vistos y valorados, en su momento, esos proyectos de cambio radical. Los textos que a continuación se presentan son un fiel testimonio del interés que despertaron en nuestro medio académico.

El ciclo de transformaciones radicales iniciado con el Movimiento Nacional Revolucionario boliviano en 1952, continuado por el gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala, seguido del triunfo de Fidel Castro en 1959, terminó abruptamente en 1973.

El optimismo con que se observó la llegada de Castro a La Habana se percibe en el texto de Jaime García Terrés, que nos muestra en su reportaje, a manera de diario, las reacciones tanto del pueblo cubano, de sus intelectuales, como de muchos latinoamericanos. La ola de viajeros que desembarcó en la capital cubana permite constatar las expectativas que se tenían en el campo internacional por los anunciados cambios políticos y económicos. Para observadores y analistas estaba claro que el fin de la dictadura de Fulgencio Batista marcaba, de manera simultánea, la hora postrera para los tiranos del Caribe y la aurora de los sueños de justicia y desarrollo.

La historia cubana, al igual que la de los países agrarios del Tercer Mundo, contiene numerosos capítulos cuyos temas principales son el atraso y la pobreza. Los fenómenos de la marginación y el monocultivo son, en esa historia, una constante. Por eso se despertaron las esperanzas de poner punto final al círculo vicioso compuesto por los gobiernos promotores de una corrupción institucionalizada y por sus defensores internacionales. La extrema juventud de los revolucionarios cubanos, su contagioso entusiasmo, su confianza en la voluntad como motor de la historia y, por último, su falta de ligas partidistas e ideológicas, despertaron una admiración generalizada hacia sus dirigentes y su proyecto político. ¿Cómo olvidar la simpatía de Sartre por esos revolucionarios? En su libro *Huracán sobre el azúcar* se observa la admiración que sentía por aquellos jóvenes que, en su entusiasmo por cambiar lo que no funcionaba en la isla, hasta de comer se olvidaban.

Rasgo común de las revoluciones fue su afán de acelerar el tiempo. Tenían prisa por alejarse del atraso y de llegar, lo más rápido posible, a la industrialización. Sin embargo, fuerzas poderosas se oponían a ese propósito; una de ellas, en opinión de los revolucionarios, estaba representada por Estados Unidos.

También los intelectuales así lo percibían y señalaban que, una vez desatadas las fuerzas sociales, la revolución no descansaría hasta lograr sus objetivos. La historia reciente de Cuba muestra las dificultades que la sociedad cubana ha tenido para cumplir esos propósitos, pero también da cuenta de la incapacidad del gobierno estadounidense para dar fin a la experiencia que se inició con aspiraciones nacionalistas y que fue obligada a elegir el camino del socialismo.

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Ninguno de los observadores de los pasos iniciales del castrismo expresa dudas respecto a la filiación nacionalista de su credo. Las tesis de la traición marxista al ideario revolucionario se sostendrían posteriormente, aprovechando la retórica de la Guerra Fría, aplicada al caso cubano, cuando los dirigentes del movimiento 26 de Julio mostraron ser incombustibles a las presiones del Departamento de Estado.

El notable intelectual y político guatemalteco Mario Monteforte Toledo, muchos años vecindado entre nosotros, ofrece en su análisis un panorama de tres modelos de revolución ocurridos en América del Sur. El optimismo con que describe las experiencias de Bolivia, Chile y Perú muestra cómo se veía, desde el altiplano mexicano, el proceso político a finales de los setenta. En ese momento, para un considerable número de científicos sociales, el derrotero de la liberación política y económica debía transitar por vías propias para acercarse a la solución de los problemas sociales. Era la hora más trágica de la vida política en la región. Las dictaduras militares, eufemísticamente llamadas gobiernos burocrático-autoritarios, dominaban Brasil, Uruguay, Argentina. La única alternativa correspondía, con excepción de Chile, a militares nacionalistas, como el general peruano Juan Velasco Alvarado o el general boliviano Juan José Torres. El primero, promotor del Plan Inca, que comprendía una radical reforma agraria, y el segundo, un confuso defensor de expropiaciones no estratégicas.

El único proyecto civil y con objetivos verdaderamente socialistas lo representaba la Unidad Popular de Chile. Salvador Allende, socialista y demócrata convencido, cuatro veces aspirante a la presidencia de la república, condujo un movimiento que triunfó en las urnas. El cumplimiento de sus promesas electorales, pese a la oposición interna de liberales, conservadores y demócrata-cristianos, así como a la oposición externa de Estados Unidos, permitió al gobierno de Allende un referendo popular en las elecciones de marzo de 1973. Vencida electoralmente la oposición política, derrotado el cerco económico impuesto por el gobierno estadounidense, la única salida de ambas fuerzas fue la de encargar al general Augusto Pinochet para que, por medio de un golpe militar, interrumpiese el tránsito pacífico de los chilenos al socialismo.

